

## Historias Acuarianas Para Niños

### La Princesa Que Aprendió a Sonreír por Evelyn Van Gilder Creekmore

Había una vez una princesita que vivía con su padre, el rey, en un hermoso reino junto al mar. La princesita habría sido muy hermosa si no fuera porque casi siempre se veía enojada y de mal humor. Casi siempre tenía el ceño fruncido y parecía encontrarle defectos a todo.

Por la mañana, cuando su buena niñera le traía el desayuno en una bandeja dorada, ella se enfurecía, sin importar cuántas cosas ricas hubiera en la bandeja.

—¡Llévatelo! —gritaba, golpeando con el pie y empujando la bandeja—. No quiero avena. ¿Por qué no me trajiste trigo hervido? Y mira esa tostada. No está lo suficientemente dorada. No me gusta ese plato en el que está mi huevo. Llévatelo todo y tráeme lo que yo quiero.

Todo el día decía cosas malas a todos los que la rodeaban y se quejaba de todo. Incluso cuando el rey le daba un regalo, en lugar de darle las gracias, refunfuñaba y le preguntaba por qué no le había traído algo mejor.

En el mismo reino vivían unos pequeños duendes marrones que querían mucho al rey. Veían lo triste que ponía al rey que la princesa se comportara tan mal, porque él amaba a su hijita y quería que fuera feliz. Así que los duendes decidieron que cada vez que la princesa fuera enojada o mal educada, o pensara un pensamiento feo y malo, ellos plantarían una semilla en la ladera de la colina, cerca de su campamento.

Las semillas crecían rápidamente y se convertían en árboles altos. En poco tiempo, la ladera quedó cubierta por un bosque muy denso.

Un día, la princesa se enojó mucho por algo y decidió salir a caminar sola. Caminó y caminó, y antes de darse cuenta, se perdió en el bosque espeso y oscuro de la ladera. Cayó la noche y la princesita comenzó a llorar porque no podía encontrar la salida del bosque. ¡Cómo deseaba estar en su casa ahora, y todas esas cosas de las que tanto se quejaba antes! Tenía hambre, pero no encontraba nada para comer en el bosque, excepto unas bayas amargas en uno de los arbustos. Finalmente, muy cansada, se acurrucó en el duro suelo y se durmió.

A la mañana siguiente, muy temprano, la despertaron llamándola por su nombre. Se incorporó rápidamente, miró a su alrededor y vio a los duendes.

—Princesa —dijo el líder de los duendes—, hemos venido a decirte cómo puedes salir del bosque.

La princesa aplaudió.

—¡Oh, por favor! —exclamó—. Dime cómo encontrar el camino a casa, porque no me gusta estar aquí en el bosque y quiero volver a casa cuanto antes.

—Lo rápido que puedas salir dependerá de qué tan bien sigas nuestras instrucciones —dijo el duende—, porque solo hay una manera de salir.

—¡Oh, haré lo que sea! —respondió la princesa.

—Bien, entonces —dijo el duende—, primero déjanos decirte dónde estás. Cada árbol de este bosque es una palabra grosera o una acción mal educada tuya. Estas enredaderas espesas y enmarañadas son las quejas que has hecho. Ahora, lo primero que debes hacer es dejar de quejarte y empezar a alabar todo. Debes aprender a sonreír, a buscar lo bueno en todo y a sentirte feliz. Intenta hacer felices a los demás y haz cosas buenas por ellos. En cuanto hagas estas cosas, los árboles desaparecerán uno por uno, y entonces podrás regresar al reino donde está tu casa.

A la princesita le resultó muy difícil hacer lo que los duendes le aconsejaron, pero le disgustaba tanto el bosque que decidió intentarlo. Dejó de quejarse del bosque y comenzó a alabarlo. Empezó por alabar el arbusto donde crecían las bayas amargas. Se quedó asombrada al descubrir que, con sus palabras de alabanza, las bayas, que antes eran tan amargas, se transformaron en bayas grandes y deliciosas ante sus propios ojos.

Asombrada y feliz por el resultado de su primer intento, comenzó a sonreír. Recordó las instrucciones de hacer algo bueno por otras personas y decidió que, como los duendes habían sido amables al decirle cómo encontrar el camino a casa, ella haría algo por ellos.

Después de pensarlo mucho, decidió construirles unas casitas hermosas donde pudieran vivir. Recolectó piedras y palos, y usando arcilla como cemento, construyó unas casitas de piedra tan bonitas como puedas imaginar. Forró el interior con cuidado usando hojas suaves. Afuera hizo jardines de rocas y plantó todo tipo de flores silvestres.

La princesa estaba tan feliz con su trabajo de construcción que no notó que habían pasado muchos días desde que había llegado al bosque.

Por fin las casitas estuvieron terminadas. Eran tan hermosas que no podía esperar a que llegaran los duendes a ver sus nuevos hogares.

A la mañana siguiente, despertó con el sol brillando muy fuerte en sus ojos. Se incorporó rápidamente y miró a su alrededor. Para su sorpresa, el bosque denso había desaparecido. Y los duendes marrones estaban frente a ella, sonriendo y muy felices.

—¡Salve, princesa! —gritaron todos, saludándola—. Has disuelto el bosque. Mira, puedes ver el palacio en la colina de allá. Vete, porque el rey te espera.

La princesa saltó alegremente y, después de agradecer a los duendes por enseñarle que es mucho más divertido sonreír que fruncir el ceño, corrió feliz hacia su casa, decidida a no volver a ser enojada ni mal educada nunca más.